



AUTORES

Pep Vivas i Elias
Universitat Oberta de Catalunya. Estudis de
Psicologia i Ciències de l'Educació. Rambla del
Poble Nou, 196 08018 Barcelona. pvivasi@uoc.
edu. <https://orcid.org/0000-0003-1099-0784>

Óscar López Catalán
Universitat Oberta de Catalunya.
olopezca@uoc.edu
<https://orcid.org/627-0430-0003-0000X>

Jorge Sánchez Naudin
Universitat Oberta de Catalunya
jsancheznau@uoc.edu.
<https://orcid.org/0000-0002-2552-8448>

Carlos Cámara Menoyo
University of Warwick.
carlos.camara@warwick.ac.uk.
<https://orcid.org/0549-9378-0002-0000>

Ana Paricio Cárceles
Universitat Oberta de Catalunya.
paricioanna@gmail.com.
<https://orcid.org/9940-6773-0001-0000>

Anuario de Psicología
N.º 52/1 | 2022 | págs. 46-52

Recibido: 9 de diciembre de 2020
Aceptado: 8 de abril de 2021

DOI: 10.1344/ANPSIC2022.52/1.6

ISSN: 0066-5126 | © 2022 Universitat de Barce-
lona. All rights reserved.

Elementos ético-políticos en investigación e intervención: reflexiones desde la psicología social

**Pep Vivas i Elias, Óscar López Catalán,
Jorge Sánchez Naudin, Carlos Cámara Menoyo,
Ana Paricio Cárceles**

Resumen

Asumiendo que la psicología social es directa, intrínseca, total y fundamentalmente política (Ibáñez, 1983), en este texto realizamos una breve reflexión a propósito del carácter político y ético del quehacer en psicología social. Para ello, abordamos, en un primer apartado, por qué es importante considerar lo político y lo ético en la disciplina. A continuación, en el segundo apartado, desarrollamos algunos elementos que podemos usar, como psicólogos/as sociales, tanto en el ámbito de la investigación como de la intervención: la reflexividad y problematización; la crítica del saber experto; la accesibilidad; el compromiso; y el trabajo artesanal o los aprendizajes. Finalmente, en el tercer apartado, presentamos una serie de conclusiones sobre la interrelación de estos elementos, su aplicación práctica y algunos de sus posibles límites.

Palabras clave

Psicología social, ética, política.

Elements eticopolítics en investigació i intervenció: reflexions des de la psicologia social

Resum

Assumint que la psicologia social és directa, intrínseca, total i fonamentalment política (Ibáñez, 1983), en aquest text fem una breu reflexió a propòsit del caràcter polític i ètic del quefer en psicologia social. Per a això, abordem, en un primer apartat, per què és important considerar el fet polític i ètic en aquesta disciplina. A continuació, en el segon apartat, desenvolupem alguns elements que podem usar, com psicòlegs/psicòlogues socials, tant en l'àmbit de la investigació com de la intervenció: la reflexivitat i problematització, la crítica del saber expert; l'accessibilitat; el compromís, i el treball artesanal o els aprenentatges. Finalment, en el tercer apartat, presentem una seguit de conclusions sobre la interrelació d'aquests elements, la seva aplicació pràctica i alguns dels seus límits possibles.

Paraules clau

Psicologia social, ètica, política.

Ethical-political elements in research and intervention: reflections from social psychology

Abstract

Assuming that social psychology is directly, intrinsically, totally and fundamentally political (Ibáñez, 1983), in this text we make a brief reflection in relation to the political and ethical character of the work in social psychology. In a first section we tackle why is it important to consider the political and the ethical aspects in our discipline. Then, in the second section, we develop some elements that we can use, as social psychologists both in the field of research and intervention: reflexivity and problematisation; the issue of expert knowledge; accessibility, commitment, craftsmanship or learning. Finally, in the third section, we present some conclusions about the interrelation between those topics, their application and some of their possible limitations.

Keywords

Social psychology, ethics, politics.

INTRODUCCIÓN

Sin duda, nuestro trabajo cotidiano, ya sea en intervención o en investigación, está condicionado, como ocurre con otras profesiones, por una serie de presiones (sociales, políticas, económicas, etc.) características de esta etapa neoliberal (Ovejero, 2014). Debido a dichas imposiciones, nuestro quehacer suele verse influido, entre otros factores, por velocidades e inmediateces, por la cantidad de (des)informaciones que construyen nuestras realidades cotidianas, por nuevos modos de intercambio (pos)capitalistas que se inscriben en nuestros espacios de trabajo e investigación o por la decadencia, el inmovilismo o la corrupción que pueden observarse en muchos estamentos e instituciones. En cierta manera, acabamos cayendo en el señuelo de ejecutar nuestros trabajos e investigaciones de forma rápida y reiterativa sin tener presente cuáles pueden ser sus consecuencias a nivel social, económico, político, metodológico o epistemológico; sin poner en tela de juicio qué intereses hay detrás del desarrollo de ciertas tareas o pesquisas; sin reflexionar sobre qué instituciones nos están financiando y qué tipo de misiones, visiones y valores tienen (Montero, 2004), y, en definitiva, sin recapacitar sobre si aquello que hacemos provoca la perpetuación de ciertas realidades que alimentan, todavía más, a los poderes establecidos. Todo ello, como intentaremos desarrollar a continuación, podemos analizarlo al menos desde:

a) La *cuestión política*, es decir, el conjunto de posicionamientos y prácticas que inciden en la relación con el poder en sus diferentes modalidades, en el apoyo del mismo o en su cuestionamiento. Ello en-

laza con la presencia explícita o no de lo político en nuestras prácticas, con las posibilidades de practicar una psicología social que intente dar más visibilidad a aquellas realidades que quedan “escondidas” o subsumidas, ya sea en el contexto social en general o en la propia investigación o intervención. Ello implicaría, por ejemplo, contribuir a visibilizar ciertos colectivos, situaciones o procesos o hacer presentes y potenciar otras formas de organización y participación (Ibáñez, 2002) que encaren acciones sociales y políticas que modifiquen una realidad social adversa.

Así, para poder calificarse de transformador, el conocimiento que producimos a través de la investigación y la intervención, así como su posible aplicación, replicabilidad y efectos, deberían orientarse, necesariamente, a poner de relieve situaciones de dominación y asimetría, a analizar (y tratar de transformar) las desigualdades sociales y las relaciones de poder (Ibáñez, 2002). En consecuencia, pasamos de una posición en la que se persigue, en términos funcionalistas, que los “sujetos/objetos” de estudio se adapten y las estructuras sociales vuelvan a un estado de “equilibrio” a una posición comprometida en la que se persigue la transformación de las relaciones sociales.

b) La *cuestión ética*, no pocas veces incorporada solo de forma testimonial (cuando no olvidada) en el ejercicio de la psicología social. Ciertamente, es un aspecto que se ha tratado, hasta cierto punto, en lo referente a lo empírico y lo metodológico (West y

Gunn, 1978; Kimmel, 2004¹), pero que nos interesa más allá de lo que implica tener en consideración un código deontológico que normativiza y regula solo los elementos más visibles de la intervención y la investigación psicosocial. Es decir, asumiendo, de entrada, que los dilemas éticos son previos y más globales (precisamente por su intersección con lo político); que nuestro punto de partida en cualquier encargo no es neutro y manifestando nuestra posición, la complejidad de ponerla en práctica y sus posibles efectos. El elemento central desde el que tendría que reflexionarse sobre esta ética es, por tanto, que en cualquier caso estamos estableciendo una relación, también de poder (Montero, 2004), la cual debe basarse, fundamentalmente, en el respeto hacia aquellos contextos, poblaciones o sujetos con los que pretendemos investigar o intervenir.

En este artículo reflexionamos sobre nuestro trabajo a partir de la perspectiva política y ética, pero yendo más allá de la práctica individual e inmediata, ya que la cuestión es en último término disciplinar y colectiva. Es una perspectiva que también refuerza una imagen no empobrecida de lo “social”, muchas veces colapsado en el marco analítico del humanismo psicológico individualizante (Howarth y Hook, 2005). No en vano, como afirma Ibáñez (1983, pág. 97), “los psicólogos sociales y las psicologías sociales como conjunto, están social y políticamente comprometidos, lo quieran o no, por encima de las opciones políticas o sociales de cada individuo concreto que integra ese conjunto”. Es algo que el mismo autor (1983, pág. 97) desarrolla más adelante como idea central al afirmar que “la psicología social es directa, intrínseca, total y fundamentalmente política [...] es política tanto en sus efectos como en su naturaleza”. Para sondear ambos (efectos y naturaleza) creemos que es interesante poner sobre la mesa a continuación una serie de elementos interconectados desde los que tratar de repensar las tareas de la psicología social.

ELEMENTOS PARA UN QUEHACER POLÍTICO Y ÉTICO

Reflexividad y problematización

Suele darse por hecho que el ejercicio de la psicología social, como el de otras ciencias sociales y en general, implica *per se* un cierto nivel de (auto)crítica sistemática, un cuestionamiento de sus bases, operaciones, métodos, resultados y efectos. No obstante, sería fácil convenir que esto no siempre ocurre, que, en muchas ocasiones,

¹ Kimmel (2004) ofrece una buena revisión de los aspectos éticos más característicos de la disciplina (regulaciones externas y profesionales; principales elementos en investigación de laboratorio, de campo y aplicada; salvaguardas, etc.).

la propia acomodación y la construcción de un armazón que resulta más cómodo si se presenta como sólido y sin fisuras provocan un abandono de esta necesidad de revisarse.

En este sentido, un primer elemento (más bien dos) que se imbrica con el resto y que no por obvio deja de ser necesario mencionar es la necesidad de una *reflexividad crítica* y de una *problematización*. La primera, como apunta Íñiguez (2005), debe surgir cuando nos vinculamos con los sujetos/objetos de nuestra actividad. Aquello que emerge “en esa relación, es un producto que, si en parte está predeterminado por la naturaleza de los objetos y sujetos sociales (construcciones sociohistóricas), tiene un componente impredecible y creativo, producto de elementos contingentes, indexicales y circunstanciales del contexto donde acontece la visión. Esto permite modificar el conocimiento de los objetos (en el transcurso que va desde su presentación hasta después de mantener su relación con ellos) y, además que como investigadores podamos modificarnos e ir cambiando, es decir, tengamos una capacidad de agencia, o lo que es lo mismo, el poder de utilizar otras posiciones y elementos intersubjetivos de definición y acción que movilicen otros discursos y que anulen ciertas categorías socialmente predominantes” (Íñiguez, 2005, pág. 229). Dicho de otro modo, sería deseable en la medida de lo posible una construcción mutua (no unidireccional), emergente (no preconcebida) y que fomente y utilice perspectivas alternativas (no dominantes). La segunda, la problematización, habría que practicarla ante cualquier situación social. Sin embargo, como apunta Ibáñez (1996, pág. 54), “problematizar es algo muy fácil de definir y extraordinariamente difícil de llevar a la práctica. Se trata simplemente, de conseguir que todo aquello que damos por evidente, todo aquello que damos por seguro, todo aquello que se presenta como incuestionable, que no suscita dudas, que, por lo tanto, se nos presenta como aproblemático, se torne precisamente problemático, y necesite ser cuestionado, repensado, interrogado, etc.”. Así pues, tanto la reflexividad como la problematización nos pueden ayudar a acercarnos a los fenómenos desde una mirada más abierta y transformativa y, a su vez, poniendo en duda cualquier idea previa sobre los mismos. De esta manera, entre otras cosas, emergerá una consideración mutua en el vínculo que se establece, que puede favorecer que se construya, a su vez, una relación de poder más “equilibrada”.

Del saber experto a los conocimientos situados y las posiciones de sujeto

Herederero del pensamiento foucaultiano, el concepto de *saberes expertos*, propios también de las ciencias “psi” y de las ciencias sociales, nos remite a una serie de discursos, prácticas, normatividades y relaciones de poder que legitiman y confieren un estatus de “régimen de verdad” al conocimiento generado desde determinadas posi-

ciones de poder. Es en este sentido en el que hacemos una lectura sobre la psicología a través de la propuesta de Rose (1996). La disciplina ya no se considera una actividad meramente académica, sino que en su seno se produce una tensión por la función que desarrolla como *lugar de experticia* y su relación con la *governabilidad*. Así pues, solo personas legitimadas y competentes en sus respectivas disciplinas podrían producir conocimientos, técnicas, discursos y estrategias coherentes con los intereses de estudios, programas, planes de intervención y/o políticos. Lo harían, por tanto, apelando precisamente al peso de ese saber experto (más que remitiendo críticamente a las condiciones de producción de ese conocimiento) y, por tanto, reproduciendo, solapada o explícitamente, mecanismos de control y normalización social.

Frente a ello, podríamos remitir, como en parte hace Haraway (1995), a un conocimiento producido desde diferentes posiciones (*de sujeto*) y que hacen emerger *miradas* sobre el mundo, producidas por los lugares que ocupamos en redes de relaciones y contextos sociales. De esta forma, la propuesta de *conocimientos situados* asume que el conocimiento es, por definición, parcial, ya que habitamos y transitamos por *lugares* desde los que se ven realidades diferentes. Esta idea de parcialidad, y tendiendo puentes hacia otras disciplinas como la antropología, la encontramos de nuevo, por ejemplo, en Clifford (1991). Así, aparecen cuestiones fundamentales que podemos incorporar a nuestro quehacer en psicología social: el texto y lo retórico, el lenguaje y el poder que este construye. De este modo, la posición que ocupaba el/la investigador/a se mueve y produce nuevos modos de incorporación: la investigación (en este caso, la etnográfica) “ya no obvia las relaciones de poder ni las diferencias de estrato social” (Clifford, 1991, pág. 37). Y no es que las obviara previamente, como tampoco lo ha hecho la psicología social, sino que no lo haría desde una posición externa incorporándolas como un elemento central y sobre todo crítico en su propio relato. En esta polifonía en movimiento, por tanto, no solo se añadirían los instrumentos que reinventan la manera de aproximarse a un fenómeno o proceso. También se unirían, de forma tangible, otras voces en la producción de conocimiento que implica esta aproximación, bien en forma de colaboración intertextual, bien proviniendo de otros lugares hasta ahora inhóspitos, invisibles, despreciados o simplemente instrumentalizados.

Todo lo anterior nos remite también a la idea de *posiciones de sujeto*, ya que las definiciones que se hacen de este (así como del objeto de estudio, en el sentido disciplinar) suponen el sustento fundamental del saber experto. Dicho concepto, propuesto por Laclau y Mouffe (1985), nos sitúa en una posición en la que no consideraríamos a los sujetos de estudio como categorías sociales constituidas de forma esencialista, sólida y homogénea, sino como *lugares* que se construyen mediante procesos complejos llenos de significados, discursos y prácticas sociales, desde los cuales generamos identificaciones y actuamos. Di-

cho de otra forma: entender el sujeto como una *posición* implicaría pasar de preguntarnos en términos unitarios (“quién soy”, “quién habla” o “quiénes son”, “quiénes hablan”) a una conceptualización que se pregunta “desde dónde hablo” o “hablamos” (Fuss, 1989).

Por una parte, esto contribuye a diluir las barreras entre categorías, en las que frecuentemente nos instalamos cómodamente, tanto diversificando dichas categorías, haciéndolas solaparse y relacionarse de forma compleja, como cuestionando su propia constitución, huyendo de caracterizaciones automáticas y muy dependientes de nuestro acervo sociocultural (por ejemplo, el dualismo o el binarismo; o las escalas, procesos o variables unilateralmente ascendentes o descendentes). De algún modo, por otra parte, nos estimulan a salir a la búsqueda de otro tipo de objetos de estudio (conexiones, coaliciones, redes o posiciones) que también estimulan la idea de unos sujetos relacionales, cambiantes y con agencia.

La retórica y la accesibilidad

Tanto la investigación como la intervención social se ven, sin duda, sometidas a procesos de tecnificación y especialización. A través de estos procesos, los saberes legitimados y quienes los construimos generamos redes de conceptos propios y constructos teóricos. Por una parte, estos son reveladores de la presencia (o ausencia) de algunos de los elementos que ya hemos ido mencionando: no es lo mismo, por ejemplo, en términos de sujeto, hablar de “trabajar con” o “investigar con” que de “intervenir sobre” o “estudiar a”, aunque ciertamente en la primera siga habiendo cierta asimetría.² Tampoco lo es utilizar o no ciertas convenciones del lenguaje disciplinar (o político) o privilegiar unos conceptos teóricos (en boga) sobre otros. Este mismo artículo incluye expresiones y términos representativos de todo ello, probablemente, además, complejos de interpretar para personas no familiarizadas con las ciencias sociales. En este sentido, incluso una pregunta como “¿para quién escribimos?”, que no siempre se plantea suficientemente, también adquiere tintes éticos: bajo la evocación de un/a lector/a en abstracto, es posible que se oculte muchas más veces de lo deseable que escribimos más bien para un sistema bastante rígido de normas editoriales o académicas, para unos financiadores, para unos determinados estamentos disciplinares o, por interiorización de todo ello o acomodación, también para nosotros/as mismos/as.

De esta forma, nuestra manera de escribir y de utilizar el lenguaje también es un tipo de compromiso. Uno que

² Aunque sutil, también en estas expresiones se revela una posición de dominio desde los responsables de la intervención o la investigación, pues son ellos el sujeto que afirma “trabajar con”. El “otro” seguiría quedando como un complemento y no (o no necesariamente) como un agente independiente con el mismo nivel de protagonismo.

funciona en un orden diferente del de la mera difusión, o el de interesarse y dirigir los esfuerzos hacia un determinado fenómeno (o causa). La no generación de “productos” comprensibles y accesibles puede ya no ser solo, en ese sentido, una torpeza o una práctica reveladora de ciertas distancias y barreras, sino en ocasiones una manera de reforzar la posición de saber-poder y defenderse de posibles “intrusiones”. Intrusiones de aquellos/as investigados/as o intervenidos/as en un mundo del que en el fondo se los/las considera ajenos/as (porque den una versión particular diferente o critiquen los resultados o las prácticas metodológicas con las que estos se han obtenido). En esencia, por tanto, haciendo más monolítico y estanco el proceso, empobreciéndolo.

El compromiso

Pero el compromiso no se encuentra solo en el abandono de la retórica experta. Íñiguez (2018), por ejemplo, plantea que la psicología social, en la actualidad, debe rescatar un *ethos* de compromiso con las problemáticas de las sociedades actuales e intentar responder a aquello que desde dichas realidades nos incumbe como psicólogos/as, sobre todo en lo relativo a las dificultades más urgentes.

Por un lado, dicho *ethos* debe escapar de algunos de los mecanismos que regulan el impacto científico/académico y de las propuestas de actuación “deseables”. Así pues, los textos y trabajos (ya sea un artículo, un informe de investigación o cualquier otro tipo de comunicación) deberían ser abiertos y accesibles, pero sobre todo fomentar el debate social y político, útil para provocar cambios en el escenario social actual. En definitiva, y en palabras de Íñiguez (2018, pág. 340), “pretender producir algún efecto en lugar de obtener reconocimiento. Recuperar la idea de conocimiento distribuido, en lugar de las formas despóticas de la ciencia y la universidad contemporánea”. De esta manera, y como subraya el mismo autor, estaríamos practicando una psicología social más centrada en la responsabilidad social que en la productividad científica o económica.

Por otro lado, esta manera de ser y hacer psicología social debería relacionarse con el objetivo de generar procesos *emancipadores e igualitarios* en las sociedades. Como apunta el mismo autor (2018, pág. 336): “esta cuestión no se resuelve, sin embargo, solamente posicionándose al lado de los desfavorecidos, o mostrando una ‘preocupación humanitaria’ por la desigualdad, la exclusión o las condiciones extremas de pobreza. Se resuelve mejor discerniendo cuál es exactamente la contribución que se puede realizar, y cuál la que se puede y se debe hacer en un ejercicio de ciudadanía como actores y actrices comprometidos con los procesos de cambio social”. Por tanto, este componente ético-político sería relativamente inútil si solo estuviera basado en un posicionamiento abstracto y se revelaría especialmente en su concreción y puesta en práctica (aspectos que a menudo no vinculamos con ello

y que revisten especial importancia). Retomando aquí las propuestas de Ibáñez (2002, pág. 71), “nuestras propias prácticas serían el único sustento y justificación para la defensa de una determinada posición”.³ Consecuentemente, y como sugiere Íñiguez (2018, pág. 340), “la acción de producir conocimiento, ya se enmarque en el espacio de las ciencias en general o bajo el rótulo específico de psicología social, no podrá ignorar las nuevas condiciones que la posibilitan, así como las consecuencias que desencadenan. La agenda entonces es, así lo entiendo yo, más política que científica. La investigación hoy implica una reflexión en torno a las bases que fundamentan todo el trabajo de investigación o de intervención que nos proponemos efectuar. Y, desde un punto de vista *vintage*,⁴ debe orientarse a la elaboración de teorías y modelos, conocimientos y saberes que contribuyan al cambio, orientada a intervenciones en los planos social y político, acompañamiento y coalición con todas aquellas agencias que se orientan al cambio y la transformación social, ya sean científicas, o legas”. Debemos tener mucho cuidado, por tanto, sobre qué tipo de cambios o transformaciones y sus magnitudes. Ello nos urge, asimismo, a realizar nuestro trabajo ya no solo de una forma más crítica, sino también más sistemática, clara, artesanal y pausada.

El trabajo artesanal

Ese planteamiento de la investigación e intervención desde lo pausado y la artesanía nos remite a varias de las ideas que plantea Sennett (1997).

La primera es la idea de que lo artesanal habría decaído dado el desarrollo de la sociedad industrial y de la información y el conocimiento. Pero, como explica el mismo Sennett (1997, pág. 17), lo artesanal: “designa un impulso humano duradero y básico, el deseo de realizar bien una tarea, sin más”. En consecuencia, no remitiría de manera tan directa (o al menos, no únicamente) a un trabajo manual, en supuesto desuso en la sociedad contemporánea (algo en sí mismo falso), sino a cualquier actividad. No obstante, las presiones se intercalan en esa tarea comprometida y austera y la pueden pervertir. Como apunta el mismo Sennett (1997, pág. 17): “las escuelas pueden no proporcionar las herramientas adecuadas para hacer bien el trabajo y los lugares de trabajo pueden no valorar verdaderamente la aspiración de calidad. Y aunque la artesanía recompense a un individuo con una sensación de orgullo por el trabajo realizado, esta recompensa no es simple. A menudo el artesano tiene que hacer frente a

3 Para un análisis más amplio de algunas de las implicaciones de la propuesta de Ibáñez para la práctica de otra ciencia social (en este caso, la antropología), puede verse López (2007).

4 Íñiguez (2018) postula que la psicología social *vintage* debe trasladar al momento actual las teorías, modelos e investigaciones de la psicología social más clásica para aplicar dicho conocimiento y forma de hacer en la psicología social actual.

conflictivos patrones objetivos de excelencia: el deseo de hacer bien algo solo por hacerlo bien puede verse obstaculizado por la presión de la competencia, la frustración, la obsesión”. Y, añadiríamos, por la calidad o la productividad, aspectos claramente presentes en las dinámicas académicas y no académicas actuales.

La segunda es que el artesano trabaja haciendo uso de la delicadeza, de la responsabilidad, de la prudencia y de la sensatez de una forma muy concreta. Disfruta haciendo uso de la curiosidad, del cuestionarse de forma constante. Además, le interesa lo desconocido, las nuevas problemáticas y sus soluciones. Y, finalmente, hace gala de la satisfacción y la humildad por el esfuerzo pausado y adecuado.

Por último, el trabajo artesanal enfatiza la importancia de la ética en el transcurso del trabajo. Para ello, es importante pautar las etapas de actividad de las intervenciones e investigaciones, pero también las de no actividad, dejando claros los momentos en los cuales “el artesano puede hacer una pausa y reflexionar sobre lo que está haciendo. Estas pausas no tienen por qué disminuir el orgullo por el trabajo; en cambio, debido a que se va juzgando el trabajo a medida que se va haciendo, el resultado puede ser más satisfactorio desde el punto de vista ético” (Sennett, 1997, pág. 192). Estas pausas, cada vez más escasas en los tiempos institucionales y personales, tan penalizadas por considerarse “no productivas”, se usarían, por tanto, para algo fundamental: para reflexionar de forma crítica sobre el trabajo que vamos desarrollando; para alejarnos lo suficientemente de él como para verlo desde ángulos diferentes, y para intentar perfeccionarlo al máximo, como un objetivo que, aunque estéril (pues ninguna intervención o investigación llega nunca a ser perfecta), debería estar en el horizonte.

La internalización y coherencia de los aprendizajes

Finalmente, querríamos tratar un elemento más que tiene que ver con la separación entre el objeto u objetos de nuestro trabajo y la disciplina en sí. Por una parte, a menudo observamos (en nuestro propio trabajo o el de otros/as) cómo la relación con un fenómeno o proceso (objeto de la investigación) es cada vez más instrumental y efímera, a veces de forma impuesta. Un aspecto positivo es, obviamente, la posibilidad de no estancarse, de abordar diversos y dispares fenómenos desde la construcción paradigmática que cada uno hacemos. Sin embargo, esta manera de proceder puede asimismo conducir a la pérdida de una coherencia (tanto interna como externa) y a unos aprendizajes a largo plazo que son también valiosos —de nuevo, la artesanía— y que creemos que deberían reivindicarse y fomentarse mucho más.

Por otra parte, la psicología social, y el resto de ciencias sociales, no pueden permitirse el lujo de una distancia e impermeabilidad excesivas, de únicamente analizar

o intervenir en los fenómenos como si su actividad se confeccionara de una forma separada por completo del sustrato de lo que se estudia. Dicho de otro modo, deben ya no solo analizar críticamente los objetos de su actividad, sino también aprender de ellos —más bien de su carácter de sujetos— y hacer más visibles los aprendizajes que pueden comportar. Los ejemplos —sobre el feminismo, el antirracismo, el anticolonialismo, la defensa del derecho a la ciudad, etc.— serían muy numerosos y no podremos entrar en ellos aquí,⁵ pero sin duda acompañan en el cuestionamiento (o el refuerzo) de muchas de las ideas que hemos tratado en este texto y que atraviesan la disciplina.

CONCLUSIONES

Como decíamos al inicio, debemos tener presente que, inevitablemente, estamos condicionados por un contexto de producción del saber con parámetros que a menudo no son éticos en absoluto y que aparentemente promueve unas posiciones “no políticas” (en el sentido más naíf del término) frente a las que defendemos asumir como punto de partida una no neutralidad y complejizar lo político. Lo importante es, dentro de las posibilidades —a veces escasas— que permite ese contexto, tratar de incorporar el máximo de elementos críticos posibles, como algunos de los que hemos tratado de presentar. Pero son precisamente esas escasas posibilidades las que también hacen que, desde el pragmatismo, seamos conscientes de que existirán elementos que podemos manejar y otros que no.

Esta cuestión no es baladí porque marca tanto decisiones cotidianas como trayectorias a largo plazo. Nos hace reflexionar sobre si este quehacer puede o debe estar siempre circunscrito a las reglas y normas que imponen las diversas instituciones y sobre la posibilidad de realizar investigación e intervención fuera de esos espacios y con qué recursos (si es que eso es posible, al menos desde posiciones que no son precisamente privilegiadas). Ello permitiría, obviamente y de forma ideal, una mayor posibilidad de aplicación de los elementos que hemos señalado aquí. Pero en casi todos los casos, probablemente nos conducirá, como mucho, a seguir hasta cierto punto con lo normativo y lo establecido e intentar instrumentalizarlo desde una posición subalterna, en el margen de lo que nos permitan esos contextos de producción. En todo caso, que abogemos por unas u otras vías no debe repercutir en realizar nuestro quehacer de forma rigurosa y honesta.

Esta primera limitación a la factibilidad de la aplicación de estos elementos, quizás más material, no excluye otras. Para empezar, no podemos profundizar en

⁵ Sirva como simple mención, por ejemplo, la propuesta de Howarth y Hook (2005) para una psicología social crítica del racismo/antirracismo.

la misma falta de reflexividad que criticamos al adoptar de forma simplista categorías supuestamente “críticas”: por una parte, estos elementos pueden y deben ser tan cuestionados como aquellos a los que cuestionan tanto en su fundamentación como en su expresión práctica. Por ejemplo, dada su imbricación, el orden o la intensidad en que puedan usarse depende enormemente del proceso y del contexto. No es posible asumir, por ejemplo, que la reflexividad es algo exclusivo de las primeras fases de una investigación o intervención y que la accesibilidad lo es solo de las últimas. La devolución es un proceso que implica grandes dosis de problematización y, en los primeros compases de un trabajo de campo, es fundamental no caer en la retórica del saber experto. Al mismo tiempo, insistir en la importancia de la accesibilidad y de la transparencia de los procesos no debe hacernos caer —como ocurre a veces— en una sobresimplificación o una minusvaloración de los sujetos de investigación o intervención.

Por otra parte, no debemos cometer el error de que este ejercicio crítico se convierta en “el todo” de nuestra investigación o intervención. Aplicar estos elementos como principios no está reñido con hacerlo sin darles una primacía excesiva, sin llevarlos al extremo. Así, por ejemplo, una problematización infinita, sin un énfasis también en la concreción y la accesibilidad, puede conducir a un alejamiento de las realidades y personas con las que trabajamos; a una serie de complejos laberintos retóricos, banales, poco empíricos, desordenados metodológicamente y poco aplicados e implicados. Del mismo modo, es a veces complejo cuestionar el saber experto sin caer también en un “todo vale”, en el que cualquier conocimiento, de cualquier tipo y con cualquier sistematicidad, puede equipararse.

Por último, hemos insistido también sobre la necesidad de implicación y compromiso en procesos emancipadores e igualitarios en las sociedades y, más allá de que habría quien podría discutir este extremo (es, de nuevo, una cuestión de posicionamiento), es necesario reconocer que cada vez es más difícil saber cuáles lo son en un contexto cada vez más líquido y cambiante.

En todo caso, creemos que estas y otras preguntas posibles, que están abiertas, no difuminan la necesidad de seguir repensando la disciplina y tratar de poner en práctica, en la medida de lo posible, los elementos anteriores. Es fundamental hacerlo para no quedarnos en una reproducción acrítica de lo que hay, para tener un impacto (por pequeño que sea) en realidades sociales que deben por fuerza modificarse. Este sería, quizás, el principio más claro que debería tener, en nuestra opinión, cualquier psicología social que podamos plantear.

Referencias

- Clifford, J. (1991). Introducción: Verdades Parciales. En J. Clifford y G. E. Marcus (eds.), *Retóricas de la Antropología* (págs. 25-60). Madrid: Ediciones Júcar.
- Fuss, D. (1989). Leer como una feminista. En N. Carbonell y M. Torras (comps.), *Feminismos literarios* (págs. 45-61). Madrid: Arco Libros.
- Haraway, D. (1995). Manifiesto para cyborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo xx. En D. Haraway (ed.), *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza* (págs. 251-311). Madrid: Ediciones Cátedra.
- Howarth, C., y Hook, D. (2005). Future directions for a critical social psychology of racism/antiracism. *Journal of community and applied social psychology*, 15(6), 506-512. <https://doi.org/10.1002/casp.842>
- Ibáñez, T. (1983). Los efectos políticos de la Psicología social. *Quaderns de Psicologia*, II, 95-106. <https://doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.519>
- Ibáñez, T. (1996). *Fluctuaciones conceptuales en torno a la post-modernidad y la psicología*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Ibáñez, T. (2002). *Municiones para disidentes: realidad, verdad, política*. Barcelona: Gedisa.
- Íñiguez, L. (2005). *Nuevos debates, nuevas ideas y nuevas prácticas en la psicología social de la era “post-construccionista”*. *Athenea Digital*, 8, 1-7. <https://doi.org/10.5565/rev/athenead/v1n8.235>
- Íñiguez, L. (2018). Psicología social «vintage». Un texto en homenaje al profesor José Ramón Torregrosa. En J. L. Alvaro (coord.) y J. R. Torregrosa (hom.), *La interacción social: escritos en homenaje a José Ramón Torregrosa* (págs. 329-344). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Kimmel, A. J. (2004). Ethical Issues in Social Psychology Research. En C. Sansone, C. C. Morf y A. T. Panter (eds.), *The Sage handbook of methods in social psychology* (págs. 45-70). Londres: Sage.
- Laclau, E., y Mouffe, C. (1985). *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*. Londres: Verso.
- López, Ó. (2007). Universalismos / relativismos y antropología: una aproximación al debate. *Periferia, Revista de Recerca i Investigació en Antropologia*, 6. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/periferia.165>
- Montero, M. (2004). Relaciones Entre Psicología Social Comunitaria, Psicología Crítica y Psicología de la Liberación: Una Respuesta Latinoamericana. *Psykhé*, 13(2), 17-28. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=96713202>
- Ovejero, A. (2014). *Los perdedores del nuevo capitalismo. Devastación del mundo del trabajo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Sennett, R. (1997). *El artesano*. Barcelona: Anagrama.
- Rose, N. (1996). *Inventing our Selves: Psychology, Power and Personhood*. Nueva York: Cambridge University Press.
- West, S. G., y Gunn, S. P. (1978). Some issues of ethics and social psychology. *American Psychologist*, 33(1), 30-38. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.33.1.30>